

ΤΟ ΞΕΝΙΚΟΝ ΕΝ ΚΟΡΙΝΘΩΙ: ΙΦΙΚΡΑΤΕΣ Y LA REVOLUCIÓN SUBHOPLÍTICA

César Fornis
Universidad de Sevilla

Los éxitos militares del ateniense Ifícrates al mando de una fuerza altamente profesional y cualificada de peltastas mercenarios durante la guerra de Corinto constituye uno de los factores que abrieron el camino hacia una nueva forma de entender la guerra y la sociedad en la Grecia del siglo IV, en la que la crisis de la vieja ecuación hoplita-ciudadano-propietario corre paralela a la de la propia polis y su soporte ideológico.

The military successes of the Athenian Iphicrates at the command of a highly professional and qualified body of mercenary peltasts during the Corinthian War constitutes one of the factors that opened the way to a new understanding of warfare and society in fourth-century Greece, in which the crisis of the old identification between hoplite, citizen and landowner accompanies that of the polis itself and its ideological base.

A comienzos de la estación bélica de 390¹ una μόρα o batallón casi completo del ejército lacedemonio cayó, cerca de Corinto, bajo los golpes de los πελτασται²

¹ El relato de los acontecimientos de la guerra de Corinto en las *Helénicas* de Jenofonte está presidido por una vaguedad cronológica que se hace especialmente acusada en los años centrales de la contienda. Seguimos la cronología más aceptada entre la historiografía moderna, la que se remonta a Beloch, por entender que es la que mejor se adapta a la secuencia narrativa de Jenofonte, frente a las otras dos opciones posibles: la defendida por Judeich y seguida entre otros por Momigliano y Wilcken y la propuesta por Meyer y admitida por Kahrstedt y Aucello; para un resumen crítico de las tres posiciones, véase E. Aucello, "Ricerche sulla cronologia della guerra corinzia", *Helikon* 4 (1964) 29-45.

² Los peltastas son infantes ligeros que se caracterizaban por portar la πέλιη o pequeño escudo de mimbre forrado de piel y con forma redonda o de cuarto creciente, mientras utilizan como

mercenarios entrenados y mandados por Ifícrates de Ramnunte, el comandante ateniense que con ésta y otras acciones similares se aseguró perenne fama y el paso a los anales de la historia militar como uno de los estrategos griegos más innovadores, audaces y resolutivos³. No en vano Polieno recoge hasta un total de sesenta y tres estrategias atribuidas a Ifícrates, más que de ningún otro jefe militar griego o romano, incluidos Alejandro y César⁴. Ifícrates se caracterizó por imponer una férrea disciplina entre sus mercenarios, a los que sometía a una instrucción y un entrenamiento continuados en los que no tenía cabida la ociosidad y que les permitía maniobrar, atacar y retirarse en formación como un solo hombre⁵. De él cuenta Frontino⁶ que fue capaz de matar con sus propias manos a un centinela dormido, afirmando luego que “lo había dejado tal y como lo había encontrado”. Por su parte Plutarco y Polieno⁷ recuerdan que Ifícrates concebía el ejército como un organismo vivo en el que cada elemento —en este caso cada tipo de soldado—, al igual que el cuerpo humano, cumple una función diferente: la falange hoplítica constituye el tronco, las tropas ligeras las manos, la caballería los pies y el estratega la cabeza. Pero la estrecha vinculación de Ifícrates con las tropas subhoplíticas fue más allá del campo táctico y una tradición antigua, bien que tardía y para algunos estudiosos dudosa, le presenta así mismo como el reformador de las armas y el equipamiento de la infantería ligera en una fecha indeterminada, tras la cual ésta mejoraría notablemente su eficacia. Las innovaciones habrían consistido en unas botas más ligeras y fáciles de desatar (las llamadas “botas ificráticas”), una cota de malla en lugar de la coraza, la sustitución del tradicional escudo de bronce (*aspís* o *hóplon*), grande y pesado, por la *pélte*, de tamaño medio y más liviano, con el fin de facilitar sus movimientos, el aumento de la longitud de las lanzas —en una mitad según Diodoro, el doble según Cornelio Nepote— y la mudanza del puñal o espada corta por una espada convencional⁸.

armas ofensivas la lanza, la espada o la jabalina. En relación con el hoplita o infante pesado poseen una gran movilidad y alcanzan una eficacia óptima cuando son utilizados en combinación con hoplitas y caballería. Sobre este tipo de combatientes, cuya cuna se encuentra en Tracia, véase en general J. P. G. Best, *Thracian Peltasts and their Influence on Greek Warfare* (Groningen 1969); frente a éste, A. Ferrill, *Los orígenes de la guerra (desde la Edad de Piedra a Alejandro Magno)* (Madrid 1987 = London 1985) 249-250, no cree que los peltastas fueron una aportación tracia a la disciplina de la guerra, sino más bien persa, en la medida en que tales soldados abundan también en Asia Menor, de donde pasarían al mundo griego tras las guerras médicas.

³ Una reciente ponderación de la carrera militar —y de la mucho menos intensa actividad política, si es que la hubo— desplegada por Ifícrates a lo largo de toda la primera mitad del siglo IV se debe a E. Bianco, “Ifícrates, ῥήτωρ καὶ στρατηγός”, *MGR* 21 (1997) 179-207, que recoge las fuentes y la bibliografía esencial.

⁴ El dato, en sí mismo elocuente pese a que algunas anécdotas resulten de dudosa autenticidad, es suministrado por Bianco, *cit.* 179.

⁵ Polyaen. 3.9.35; Nep. *Iphicr.* 2.1.

⁶ 3.12.2.

⁷ Plu. *Pelop.* 2.1; Polyaen. 3.9.22.

⁸ Desgraciadamente ni Jenofonte ni ninguna otra fuente contemporánea menciona tales reformas (cosa extraña en alguien que, como el ateniense, se muestra vivamente interesado tanto por el generalato como por la evolución técnica y estratégica de la guerra): lo hacen D.S. 15.44, que la inserta en el contexto de la jefatura de Ifícrates sobre mercenarios griegos al servicio persa durante

El talento de IfícraDES, extensible además al ámbito de la oratoria⁹, incluso cuando no parece haber desarrollado una carrera política propiamente dicha¹⁰, no sólo cautivó a sus contemporáneos –entre los que se cuenta un Jenofonte del que no cabría esperar tal reconocimiento¹¹– y dejó honda huella en la tradición po-

la revuelta de Egipto, en concreto en el curso del año 374, y Nep. *Iphicr.* 1.3-4, sin indicación de tiempo. A los historiadores modernos no les ha pasado desapercibido el hecho de que, tal y como son descritas estas modificaciones por Diodoro y Nepote, parece más bien que se aplicaron sobre el modelo de hoplita y no sobre el de peltasta “tracio” (así lo interpretan por ejemplo H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus* [Oxford 1933] 80, A. M. Snodgrass, *Arms and Armor of the Greeks* [London 1967] 110, quien habla de “the first directly anti-hoplite reform”, y L. P. Marinovic, *Le mercenariat grec au IVe siècle avant notre ère et la crise de la polis* [Paris 1988] 46; por su parte, Best, *cit.* 104, considera su testimonio una prueba de que “both authors had no idea of the military situation in Iphikrates’ time”). Se inclinan por una datación temprana, durante la guerra de Corinto, J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer* (München 1928) 89; G. Barbieri, *Conone* (Roma 1955) 199, n. 2; C. Mossé, *La fin de la démocratie athénienne. Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque au IVe siècle avant J.-C.* (Paris 1962) 315, n. 5; Snodgrass, *ibid.*; P. Cartledge, *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B.C.* (London-Boston-Henley 1979) 286 y *Agelilaos and the Crisis of Sparta* (Baltimore 1987) 323; S. Le Bohec-Bouhet, “Les techniques de la guerre au IVe siècle”, en F. Prost (ed.), *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.-C.* (Paris 1999) 260. Parke, *cit.* 79-81, seguido por Marinovic, *cit.* 46-52, prefiere una evolución gradual –a la que también contribuiría Cabrias– inspirada en la victoria sobre la móra y no completada antes de 374, con partes del equipamiento siendo utilizadas de forma experimental. J. K. Anderson, *Military Theory and Practice in the Age of Xenophon* (Berkeley-Los Angeles 1970) 129-131 y Ferrill, *cit.* 225, optan por una fecha tardía, siguiendo la indicación de Diodoro en cuanto a que IfícraDES aprendió mucho de su experiencia al servicio de los persas en Egipto. C. D. Hamilton, *Sparta’s Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War* (Ithaca-London 1979) 281-282, alberga dudas. El más drástico es Best, *cit.* 102-110, que niega la introducción de cualquier clase de reforma y concluye que el peltasta ificrático no es más que una variante del peltasta tracio ya existente (pero véase la demoleadora crítica de Marinovic, *cit.* 47-49). Por último, G. T. Griffith, “Peltasts, and the Origins of the Macedonian Phalanx”, en H. J. Dell (ed.), *Ancient Macedonian Studies in Honor of Charles F. Edson* (Thessaloniki 1981) 161-167, esp. 162-163, confiesa por un lado haberse dejado persuadir por Best y haber cambiado la posición mantenida tiempo atrás en su *The Mercenaries of the Hellenistic World* (Cambridge 1935) 5, negando así la emergencia de un “nuevo peltasta” armado con una larga lanza en lugar de con jabalina, pero por otro lado (p. 164) parece admitir que IfícraDES introdujo, “en el amplio contexto de su carrera militar”, algunas innovaciones en el equipamiento del peltasta.

⁹ DH. *Lys.* 12; Ps.Dem. 49.9; Aristid. 49.384; Plu. *Mor.* 813a.

¹⁰ Las páginas que dedica B. S. Strauss, *Athens after the Peloponnesian War. Class, Faction and Policy, 403-386 B.C.* (London 1986) 155-156, a los intereses o conexiones políticas de IfícraDES encierran demasiada incertidumbre: quizá era *phílos* de Agirrio y Diótimo, puede que fuera rival de Cabrias, quizá Eunomo y Deméneto fueron también sus *phíloi*, incluso se podría considerar añadir a Cleóbulo de Acarnas (simplemente porque el sobrino de éste sirvió bajo el mando de IfícraDES)... Más realista, Bianco, *cit.* 191-193, reconoce que “non è facile collocare IfícraDE nel dibattito politico ateniese”; ya R. Sealey, “Callistratos of Aphidna and his Contemporaries”, *Historia* 5 (1956) 179, describía a IfícraDES, Cabrias y Timoteo como “primarily soldiers, not politicians, though political changes affected their careers”.

¹¹ W. Lengauer, *Greek Commanders in the 5th and 4th Centuries B.C. Politics and Ideology: A Study of Militarism* (Warsaw 1979) 113-115, llega a ver en Jenofonte “una fascinación por su personalidad” que explica porque a lo largo de su extensa carrera como estratega y jefe de mercenarios IfícraDES dejó constancia de las distintas cualidades y virtudes que adornaban al modelo de comandante militar imaginado por el historiador ateniense. Sobre este último aspecto puede verse igualmente H. D. Westlake, “Individuals in Xenophon, *Hellenica*”, *BRL* 49 (1966) 246-269 (reimpreso en *Id., Essays on the Greek Historians and Greek History* [Manchester 1969] 202-225).

pular helénica. Como veremos más abajo, los historiadores modernos tampoco han dejado de reparar en la significativa influencia que este ateniense de origen humilde –hijo de un zapatero, afirma “mi linaje comienza conmigo”¹²–, pero que llegó a amasar una considerable fortuna¹³ y a desposar a la hija del rey tracio Cotis¹⁴, ejerció sobre la evolución del arte militar, hasta el punto de hacer tambalear un *éthos* hoplítico cuyos usos y reglas no escritas, aunque empezadas a cuestionar ya durante la guerra del Peloponeso, conservaban una vigencia de más de tres siglos¹⁵. De forma paralela, esto es *grosso modo* en la primera mitad del siglo IV, la utilización masiva de mercenarios en las labores de defensa de la polis –sólo comparable a la experimentada por Suiza en el siglo XIV de nuestra Era–¹⁶, la proliferación de cuerpos especializados y de elite y los avances macedonios en materia de poliorcética¹⁷ coadyuvarían en asestar el golpe definitivo a la vieja identificación entre hoplita, ciudadano y propietario y, por extensión, a los cimientos ideológicos de la polis misma, según percibieron con temor e impotencia intelectuales contemporáneos como Isócrates y Demóstenes. Es el objetivo

¹² Lys. fr. 7.5; Arist. *Rh.* 1367b18; Plu. *Mor.* 186f, 187b. Para el *stémma* genealógico de Ifícrates, véase la Tabla VI de J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-300 B.C.* (Oxford 1971).

¹³ Dem. 21.62.

¹⁴ Nep. *Iphicr.* 3.4 afirma que de dicha unión nació su hijo Menesteo: *Menesthea filium reliquit ex Thraessa natum, Coti regis filia*; Dem. 23.129 emplea un término más genérico, κηδεστής, para definir el parentesco por afinidad entre Ifícrates y Cotis, comparándolo además con el de Cersobleptes y Caridemo –el primero habría desposado a una hermana del segundo–, por lo que Davies, *cit.* 249, que ignora el testimonio de Nepote, opina que Ifícrates fue cuñado y no yerno del reyzeuelo tracio.

¹⁵ Al margen de los estudios que se van desgranando en el presente artículo, la *hoplomachia* es abordada con un carácter general por P. Ducrey, *Guerre et guerriers dans la Grèce antique* (Fribourg 1985) esp. cap. II; J. F. Lazenby, “Hoplite Warfare”, en J. Hackett (ed.), *Warfare in the Ancient World* (New York-Oxford-Sydney 1989) 54-81; J. Ober, “The Rules of War in Classical Greece”, en *Id.*, *The Athenian Revolution. Essays on Ancient Greek Democracy and Political Theory* (Princeton 1996) 53-71 y sobre todo V. D. Hanson, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece* (New York 1989) e *Id.* (ed.), *Hoplites. The Classical Greek Battle Experience* (London 1991). Por su parte, F. Lissarrague, *L'autre guerrier. Archers, peltastes, cavaliers dans l'imagerie attique* (Paris-Rome 1990) muestra cómo la figura del hoplita se erige en el eje central de las escenas representadas en la cerámica ática, transfiguración del papel nuclear que en la vida social de la polis –en este caso la ateniense– tenía el ciudadano propietario capaz de costearse sus propias armas.

¹⁶ La larga guerra del Peloponeso había supuesto agudos cambios en las condiciones de la vida militar y a su término había dejado tras de sí una estela de penuria económica y marginación política y social (véase por ejemplo C. Fornis, *Estabilidad y conflicto civil en la guerra del Peloponeso. Las sociedades corintia y argiva* [Oxford 1999] 1) que constituían el caldo de cultivo ideal para la auténtica eclosión que vive el mercenariado en el siglo IV, proceso bien estudiado por Marinovic, *cit.*; como asegura H. F. Müller, “The Practical and Economic Background to the Greek Mercenary Explosion”, *G&R* 31 (1984) 153, “había relativamente pocos hombres cuyo talento y temperamento les hiciera soldados ‘naturales’, infelices en cualquier otra vocación”. Otros estudios importantes que abordan en general la figura y el modo de vida de los soldados de fortuna, así como su papel en el desarrollo geopolítico del mundo griego, son Parke, *cit.*; Griffith, *cit.* (1935) y últimamente Ducrey, *cit.*, cap. IV; Y. Garlan, *Guerre et économie en Grèce ancienne* (Paris 1989) cap. VII; M. Bettalli, *I mercenari nel mondo greco, I. Dalle origini alla fine del V sec. a.C.* (Pisa 1995), y P. Baker, “Les mercenaires”, en F. Prost (ed.), *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.-C.* (Paris 1999) 240-255.

¹⁷ Le Bohec-Bouhet, *cit.*, ofrece un claro resumen de éstas y otras innovaciones técnicas y estratégicas en la práctica de la guerra durante el siglo IV.

del presente estudio analizar el que a nuestro juicio fue uno de los factores detonantes de tales cambios: el papel de Ifícrates, y subsecuentemente de Cabrias, al frente de una fuerza altamente profesional y especializada de peltastas mercenarios durante la guerra de Corinto (395-386 a.C.).

El contingente mercenario que operó con Ifícrates en la Corintia (οἱ περὶ Ἰφικράτη μισθοφόροι), cuyo número desconocemos pero que posiblemente superaba los dos millares¹⁸, había arribado al continente griego de la mano de Far nabazo y Conón en el verano de 393¹⁹, proveniente del Helesponto²⁰. Si creemos una noticia de Justino²¹, Ifícrates apenas superaba la veintena de años en el momento de hacerse cargo de esta fuerza, lo que prácticamente excluye la condi-

¹⁸ Sabemos que Ifícrates se llevará consigo mil doscientos al Helesponto mientras Cabrias siguió operando con ochocientos más en la Corintia (*vid. infra*). Según una poco fiable anécdota de Polieno (3.9.57) dos mil de estos mercenarios se pasaron al bando espartano e Ifícrates se las ingenió para convencer a sus enemigos de que los desertores no eran de fiar. En función del tamaño de la flota que los transportó al continente griego, Best, *cit.* 86, cree que el ateniense dispuso de “varios millares”.

¹⁹ Este hecho ha inducido a no pocos estudiosos (v.gr. Parke, *cit.* 51; Sealey, *cit.* 184; Lengauer, *cit.* 110; Strauss, *cit.* 133) a pensar que Ifícrates fue nombrado directamente por el victorioso almirante de Cnido, de lo que se desprendería una “asociación política” entre ambos (a través de Conón, Sealey le relaciona también con la facción de Agirrio; para Strauss existe una remota posibilidad de que fueran parientes, simplemente porque sus padres se llamaban del mismo modo, Timoteo [Paus. 9.14.6; *IG II*² 3774], un nombre que, como a justo título recuerda Davies, *cit.* 249, está atestigüado en veintiún demos del Ática), pero los vínculos, ya sean políticos o de cualquier otra índole, no están ni mucho menos claros (cf. Bianco, *cit.* 191-192). De hecho más adelante Ifícrates mantendría una relación escasamente afectuosa con el hijo de Conón, también llamado Timoteo (Sealey, *ibid.*, trata de salvar su posición arguyendo que “una vez logró prestigio, Ifícrates se independizó”). Barbieri, *cit.* 197-199 cree que Conón instituyó, organizó y financió al contingente de mercenarios, aunque dejó que la ciudad eligiera a su comandante, Ifícrates, al que Barbieri erróneamente considera estratega (tampoco nos parece acertada su apreciación de que Conón ofrecía “una posibilidad de retribuzione a gente bisognosa”, que insinúa que hubo atenienses entre sus filas: cf. nota siguiente).

²⁰ Aunque la leva se realizara en la región helespóntica, Parke, *cit.* 50-51, dice que la *pélte* los identificaba como tracios. Pero si bien es cierto que el origen de esta clase de soldado se halla en Tracia, también lo es que pronto se difundió por otras zonas de la *Helleniké*, particularmente Asia Menor, de ahí que Best, *cit.* 86, Anderson, *cit.* 121 y Cartledge, *cit.* (1987) 224, sin negar que hubiera tracios entre los mercenarios de Ifícrates, supongan que la mayoría habrían sido reclutados en las ciudades del Helesponto, que hasta la batalla naval de Cnido habían figurado en la alianza espartana y ahora colaboraban en cambio con los persas (menos verosímil resulta la hipótesis de Best, *cit.* 97, de que algunos fueran originarios de Grecia central; cf. Marinovic, *cit.* 44, n. 40). Parke, *cit.* 49, también ha sugerido que, ante la ausencia de una flota importante donde enrolarse, pudo haber entre ellos algunos ciudadanos atenienses pobres, a lo que Best, *cit.* 93-94, ha contestado con acierto que, primero, contaban con la flota llegada con Conón y, segundo, que las fuentes coinciden siempre en referirse a los peltastas de Ifícrates con los términos *μισθοφόροι* y *ξενικόν*; es verdad, no obstante, que Dem. 4.24 recuerda la participación de ciudadanos atenienses en esta campaña, alineados con los mercenarios, un testimonio que lleva a W. K. Pritchett, *The Greek State at War, Part II* (Berkeley-Los Angeles-London 1974) 118, a asumir “a mixture of Greeks and Asians” en lo que él, como Cartledge, *cit.* (1979) 286, denomina “legión extranjera”. Bajo nuestro punto de vista el pasaje de un Demóstenes que, de acuerdo con los cánones de la oratoria, pliega los hechos al propósito de su discurso, no es argumento suficiente como para cuestionar el carácter extranjero de este contingente.

²¹ El epitomista (6.5.2), al que sigue Orosio (3.1.21), afirma que con veinte años los atenienses le confiaron tropas para acudir en ayuda de los beocios tras la batalla de Coronea. Por su parte, Plutarco (*Mor.* 187a) asegura que poco antes se había distinguido en una batalla naval, posiblemente la de Cnido.

ción de estratego en este tiempo²². La única fuente que le designa como tal es Harpocracio²³, lo que unido a su juventud, al carácter mercenario de las tropas que mandaba y a su larga permanencia en la Corintia hacen preferible el término “jefe de los mercenarios” o “jefe de los peltastas” para aplicarlo a los comienzos de su carrera²⁴. Al igual que la flota y las nuevas murallas de Atenas, fueron los ilimitados fondos persas los que posibilitaron la creación y mantenimiento durante más de cuatro años de este cuerpo de peltastas profesionales, en un momento en que el maltrecho erario público ateniense –y puede añadirse que el de cualquier otro estado griego– era incapaz de hacer frente a semejante dispendio²⁵. Si Esparta había sido el primer estado griego en utilizar mercenarios a gran escala –más de la mitad del ejército de la campaña de Agesilao en Asia Menor entre 396 y 394 lo era–, en su mayoría hoplitas veteranos de la campaña de Ciro, Atenas iba pronto a seguir sus pasos, aunque en este caso mostrando una preferencia por las tropas subhoplíticas²⁶. El factor económico, convenientemente subrayado por Pritchett y Marinovic²⁷, resulta crucial a la hora de explicar la cohesión y la disciplina de este cuerpo, así como su profesionalidad, su cualificado y constante entrenamiento y la lealtad mostrada hacia su comandante, quien les insufló un genuino *esprit de corps*. Todo ello ayuda a explicar los logros alcanzados durante la guerra de Corinto.

Desde su llegada al Peloponeso, τὸ ξενικόν participaron en diversas escaramuzas, primero en el istmo de Corinto, donde junto a argivos y corintios no logran impedir en 392 que los espartanos se apoderen de los Muros Largos de Corinto, posiblemente en razón del insuficiente espacio para maniobrar entre las dos murallas y del papel marginal jugado por las tropas ligeras en lo que fue ante todo un choque entre hoplitas²⁸, y al año siguiente²⁹ en Arcadia, Fliunte y Sición, donde sí se muestran efectivos en diversas razzias que, además de cau-

²² Parke, *cit.* 51-52; Sealey, *cit.* 184; Pritchett, *cit.* 62-63; Lengauer, *cit.* 110; M. H. Hansen, “*Rhetores and Strategoi in Fourth-Century Athens*”, *GRBS* 24 (1983) 169; Bianco, *cit.* 181-182. *Contra* Barbieri, *cit.* 198; R. Develin, *Athenian Officials 684-321 B.C.* (Cambridge 1989) 210-211..

²³ Harp. s.v. ξενικόν ἐν Κορίνθῳ.

²⁴ Así X. *HG* 4.5.13: τῶν πελαστῶν ἄρχων; tampoco Polieno le califica de στρατηγός en las anécdotas que se remontan a la guerra de Corinto y Frontino le llama *dux Atheniensium*. Que los atenienses no quisieran poner un estratego al frente sería indicativo, según Parke, *cit.* 52, y Marinovic, *cit.* 44, de una falta de confianza (o de un cierto menosprecio, podríamos añadir) *a priori* en las posibilidades de estos mercenarios. Davies, *cit.* 249 considera que una razón de fundamento para el nombramiento de Ificrates puede hallarse en la familiaridad de éste con el territorio y las poblaciones tracias, incluida la forma de combate.

²⁵ X. *HG* 4.8.6-7 y 12. De Ar. *Pl.* 173-174 se infiere claramente el elevado coste de estos mercenarios, “alimentados” por el Gran Rey dice el cómico (y no por la propia ciudad, como asegura retóricamente Dem. 4.24).

²⁶ Parke, *cit.* 48; Marinovic, *cit.* 36-38.

²⁷ Pritchett, *cit.* 117, 123-124; Marinovic, *cit.* 52-53.

²⁸ X. *HG* 4.4.7-13; cf. D.S. 14.86.2-4, que recoge la cifra de un millar de bajas entre las fuerzas de la coalición.

²⁹ Aunque la cronología es confusa y no se puede descartar que se prolongaran a lo largo de más de una estación bélica, estos *raids* se acomodan mejor a la primavera-verano de 391 dentro de la secuencia narrativa de Jenofonte (cf. *supra* n. 1).

sar notables bajas entre defensores mal organizados, asolan el territorio y les procuran bastante botín, tanto es así que los filiasios ponen en peligro su autonomía interna al requerir una guarnición lacedemonia para su ciudadela y los arcadios temen salir de las ciudades (los espartanos se burlaban de los mantineos diciendo que tenían el mismo miedo de los peltastas que los niños del Coco)³⁰. Pero veamos con más detenimiento el episodio de la *móra*, relatado vívidamente y con todo lujo de detalles –un modelo de *ἐνάργεια*– por un Jenofonte poco inclinado a resaltar y atribuir mérito a las acciones que dañan intereses espartanos³¹.

³⁰ X. *HG* 4.4.15-18 es la principal fuente para estas acciones, pero véase también Polyæn. 3.9.24. 49 y 54 y Front. 2.1.6, que relatan cómo Ifícrates, viendo acosada su retaguardia, giró con sus mejores tropas y, atravesando sus propias filas, sorprendió a los filiasios que trataban de arrebatárle el botín, matando y haciendo prisioneros a muchos; D.S. 14.91.3 precisa que perecieron trescientos filiasios (incluso si se trataba de tropas subhoplíticas, parecen demasiados para una comunidad política que debía rondar los mil ciudadanos) y añade además el enfrentamiento ante los muros de Sición (no citado por Jenofonte), en el que los sicionios perdieron quinientos hombres, una cifra que, lo mismo que ocurre con los filiasios, resulta realmente elevada con respecto al cuerpo cívico y militar de esta polis. Bianco, *cit.* 183, plantea la posibilidad de que también puedan corresponder a este período –y no a veinte años más adelante, como se ha pensado– tanto el asedio no culminado a Estinfalo referido por Estrabón (8.8.4) como las incursiones en la Epidauria relatadas por Polieno (3.9.39 y 48, el cual por cierto menciona hoplitas y no peltastas al servicio de Ifícrates); en este último caso, el de Epidauro, coincide con J. Pascual González, *Tebas y la confederación beocia en el período de la guerra de Corinto (395-386 a.C.)*, Tesis Doctoral microfilmada de la Universidad Autónoma (Madrid 1995) 855. Por otra parte, una de las dos versiones que nos han llegado de los escolios al *Panatenáico* de Elio Aristides 172.3-4 (que también se refiere a la incursión triunfal sobre Sición) atribuye la responsabilidad de la victoria sobre los filiasios a Cabrias, quien según D.S. 14.92.2 habría sucedido a Ifícrates en la jefatura de los peltastas acantonados en la Corintia, mientras la otra se contradice y primero la adscribe a Ifícrates y luego a Cabrias. Esta fuente, habitualmente desdenada por los estudiosos –la mayoría opina que Cabrias no entró en liza en la guerra de Corinto hasta 390/89–, ha tratado de ser rehabilitada por W. E. Thompson, “Chabrias at Corinth”, *GRBS* 25 (1985) 51-57, en la construcción de una ingeniosa hipótesis, aceptada por ejemplo por E. Bianco, “Chabrias Atheniensis”, *RSA* 30 (2000) 48-49, que sostiene que Cabrias e Ifícrates pudieron desempeñar el mando conjuntamente, el primero como jefe de las fuerzas atenienses en Corinto, el segundo como arconte de los peltastas (justo como parecen ejercerlo Calias e Ifícrates durante el ataque a la *móra*), con una lógica primacía de Cabrias. A su favor cuenta el hecho de que Jenofonte no menciona la supuesta sucesión en el mando referida por Diodoro, sino que Cabrias, eclipsado por los éxitos de su colega, no aparece en su narración, un tanto abruptamente además, hasta 5.1.10. La confusión radicaría en el hecho de que el escoliasta utilizó una *Atthis* y los atidógrafos guardaban memoria exclusivamente de los nombres de los generales, identidad y número de tropas y resultado de las empresas atenienses, pero no prestaban atención a las tácticas, que es precisamente lo que más interesa a Jenofonte, de ahí que en los analistas los logros de un joven Ifícrates, aún bajo la autoridad de otro estratega, pasaran inadvertidos y con el tiempo pudieran inducir a error. Por otro lado, tanto el sofista como Diodoro sitúan cronológicamente estas victorias después del episodio de la *móra*, cuando en el relato de Jenofonte, más fiable, figuran después. Posiblemente la explicación se encuentre en que la gran repercusión que tuvo la destrucción del batallón lacedemonio dio pie a digresiones, tan del gusto de Éforo y Diodoro, sobre otras acciones de Ifícrates, menos llamativas pero también efectivas (el caso de Elio Aristides es distinto pues, al igual que otros rétores, ordena los acontecimientos de manera arbitraria, en función de sus intereses).

³¹ *HG* 4.5.11-18; para Parke, *cit.* 54, n. 1 “su descripción suena como si él hubiera estado presente en los alrededores, como parte del séquito de Agesilao, y así hubiera escuchado la historia de aquellos que habían intervenido”. Otras fuentes son D.S. 14.91.2-3; Polyæn. 3.9.49 y 54; Nep. *Iphicr.* 2.3; Dem. 13.22; Din. 1.75.

Con motivo de que los amicleos³² que militaban en el ejército lacedemonio pudieran regresar para cantar el peán en las fiestas Jacintias³³, como era la costumbre, el polemenco del batallón lacedemonio acantonado en Lequeo, el principal puerto corintio, decidió escoltarles hasta las proximidades de Sición, desde donde regresó con sus seiscientos hoplitas, no sin antes ordenar al hiparco o jefe de caballería que con su escuadrón de jinetes siguiera acompañando a los amicleos hasta donde éstos deseasen y luego se uniera a él. Dice Jenofonte que los lacedemonios eran conscientes de que gran cantidad de tropas ligeras enemigas se desplazaban por la región, pero confiaban en que no se atreverían a atacarlos. Influyó en ello que al menos en una ocasión algunos de los más jóvenes hoplitas lacedemonios persiguieran a la carrera y lograran atrapar y matar a varios peltastas.

Sin embargo, en el camino de vuelta, cerca de Corinto, el polemenco y su batallón fueron sorprendidos por Calias, estratega de los hoplitas atenienses acuartelados en esta ciudad, e Ifícrates, jefe de los peltastas mercenarios, que consideraban una oportunidad inmejorable de atacar a unos hoplitas que no contaban con la protección ni de caballeros ni de infantes ligeros. Su plan consistía en atacarlos con jabalinas por el lado que el escudo dejaba al descubierto, con la ventaja de que si los hoplitas rompían la formación para perseguirles, al ser más pesados, nunca podrían darles alcance. En previsión de este supuesto, como parte de una táctica combinada, Calias alineó a sus hoplitas no lejos de los muros de Corinto, dispuesto a herir o matar a los hoplitas lacedemonios que se dispersaran.

De esta forma, Ifícrates y sus peltastas iniciaron su hostigamiento sobre la *móra*, que en principio no debió de ser muy intenso y cercano, ya que los primeros heridos pudieron ser evacuados a Lequeo por los escuderos (*hypaspistai*), siendo los únicos que se salvaron. La reacción del polemenco fue ordenar a las diez clases de edad más jóvenes –entre veinte y treinta años– que persiguieran a los peltastas, mas no sólo no cogían a ninguno, sino que, en su retirada, diseminados, eran fácil presa para unos atacantes que lanzaban la jabalina sin dejar de correr. Como en la primera acometida perecieron nueve o diez hombres, el polemenco mandó cargar a las quince primeras clases –entre veinte y treinta y cinco años–, que tuvieron más bajas todavía. En esta tesitura, cuando según Jenofonte “ya habían caído los mejores”, se presentó el contingente de caballería lacedemonia, que en conjunción con los hoplitas emprendieron otra persecución. Sin embargo, el historiador les censura que equivocaran la táctica y en lugar de perseguir y acosar a los peltastas hasta matar a algunos de ellos, no se apartaran de los hoplitas que quedaban, sin duda por miedo a quedar aislados y a merced de los hoplitas

³² Habitantes de Amiclas, una de las cinco aldeas (*kômai*) cuyo sinecismo significó el nacimiento de la polis lacedemonia en el siglo VIII.

³³ Estas fiestas sagradas celebraban en Mayo la muerte y resurrección de Jacinto, divinidad prehelénica sincretizada con Apolo, en su santuario de Amiclas (el llamado Amicleo) y junto a las Carneas y las Gimnopedias formaba parte del ciclo ritual de iniciación a la edad adulta; cf. C. Fornis, *España. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico* (Barcelona 2003) 294-296.

de Calias³⁴. Unos y otros se reagruparon en una colina que distaba dos estadios del mar (aproximadamente 360 metros) y dieciséis o diecisiete de Lequeo (unos tres kilómetros).

Cuanto menos hoplitas lacedemonios quedaban, más peltastas se sumaban al ataque. Fue entonces cuando los que estaban en Lequeo se apercibieron de la lucha y fletaron unas embarcaciones con las que, siguiendo la costa, llegaron a la altura de la colina. Pero en vez de retirarse ordenadamente y en formación hacia el mar, los atemorizados hoplitas lacedemonios, que a su situación comprometida unían ahora la progresiva aproximación de los hoplitas atenienses, emprendieron una desesperada huida. Algunos cayeron al agua y es probable que fueran recogidos por las naves amigas, otros pocos se pusieron a salvo con los caballos en Lequeo.

Puesto que en apariencia existe una contradicción entre el hecho de que una *móra* conste en este período de aproximadamente seiscientos hoplitas –a los que cabría sumar el escuadrón de caballería, unos sesenta hombres– y el que Jenofonte diga que, habiéndose salvado sólo unos pocos, perecieron en total unos doscientos cincuenta, es muy posible que el historiador haya reflejado únicamente las bajas espartiatas³⁵. De no ser así, la cifra es sumamente elevada con respecto a la ratio de caídos en un combate hoplítico, sobre todo si, como es éste el caso, en realidad no fue tal³⁶. El relato de Jenofonte confirma, de todos modos, la conmoción que la noticia causó en Agesilao y sus hombres (“tal desgracia era inusual para los lacedemonios”), entre quienes había padres, hermanos e hijos de los caídos. De regreso a casa con los supervivientes del batallón, el rey pasaba por las ciudades caído ya el crepúsculo o antes del amanecer, sin demorarse, según Jenofonte para evitar a sus hombres en la medida de lo posible el regocijo de los habitantes ante su desgracia, aunque quizá una razón más seria que justificase tal comportamiento fuera la de ocultar las grandes bajas sufridas y, consecuentemente, la considerable merma de los efectivos lacedemonios en el Istmo³⁷. En Plutarco se añade a la magnitud del desastre humano la humillación pública que supone que “hoplitas hayan sido vencidos por peltastas y lacedemonios por mercenarios”³⁸, un infor-

³⁴ Como puntualiza Anderson, *cit.* 125, a lomos de ponies los caballeros no constituían tropas de choque capaces de romper una formación de hoplitas, sino fuerzas de hostigamiento armadas a la ligera. Estas deficiencias en el equipamiento ecuestre hacían que, de todas las posibilidades estratégicas que ofrece la caballería, ciertamente la carga frontal contra una falange cerrada no fuera la opción más inteligente (véase el capítulo que I. G. Spence, *The Cavalry of Classical Greece. A Social and Military History with Particular Reference to Athens* [Oxford 1993] 121-163, consagra a la teoría y la práctica de la guerra a caballo en época clásica).

³⁵ Cartledge, *cit.* (1979) 286.

³⁶ La media es de un 5% de bajas en el bando vencedor por un 14% en el vencido, lo que da una ratio de 1:2.9 según el cuadro diseñado por P. Krentz, “Casualties in Hoplite Battles”, *GRBS* 26 (1985) 19, que recoge un total de diecisiete batallas entre los años 472 y 371.

³⁷ X. *HG* 4.5.10 y 18. Hamilton, *cit.* 285, recuerda que, irónicamente, Agesilao había contribuido al desastre después de haber engañado con una treta a Ifícrates para que dejara la península del Pireo y se trasladara a la ciudad de Corinto (cf. X. *HG* 4.5.3).

³⁸ Plu. *Ages.* 22.4.

tunio sólo semejante al infligido por Demóstenes en Esfacteria, durante la primera década de la guerra del Peloponeso, cuando de 420 espartanos acorralados en el islote el estratego ateniense capturó a 292, 120 de ellos *hómoioi* o espartiatas de pleno derecho, mientras el resto sucumbió³⁹. Al igual que entonces, la destrucción del batallón agudizó el endémico y progresivo declive demográfico que sufría la clase dirigente espartiatas –fenómeno que se conoce como *oliganthropía*, escasez de varones y más en concreto de ciudadanos–, de por sí minoritaria en relación con el gran número de grupos dependientes que poblaban Lacedemonia⁴⁰. Con toda su repercusión, empero, la victoria de Ifícrates no tuvo una incidencia real ni se tradujo en un avance estratégico en el curso general de la contienda, más allá de seguir vetando a los lacedemonios y sus aliados la salida del Peloponeso a través del Istmo. La posesión de Lequeo y el control del golfo Corintio garantizaba a los espartanos la comunicación con Grecia central por vía marítima.

¿Y cuál ha sido el juicio de la historiografía moderna acerca de este episodio bélico cuyos efectos parecen más psicológicos que prácticos y, por ende, de la contribución de Ifícrates al desarrollo técnico y operativo de los infantes ligeros? En opinión de Parke sus victorias posibilitaron que “durante el medio siglo siguiente los peltastas apareciesen frecuentemente en todos los ejércitos, especialmente el ateniense, y se convirtieran en las tropas ligeras por excelencia, eclipsando a todos los tipos anteriores de infantes ligeros”⁴¹. Best se muestra más conservador y, aun reconociendo la significativa aportación de Ifícrates y luego de Cabrias, considera que la infantería ligera y muy especialmente los peltastas ya habían experimentado un importante desarrollo desde comienzos de la guerra del Peloponeso⁴². Curiosamente Best ha coincidido con Parke en otro punto, en la posible relación de los peltastas –con o sin la polémica reforma ificrática– con los falangitas macedonios de Filipo II⁴³. Anderson supedita el éxito de las tropas ligeras de Ifícrates a la presencia de los hoplitas atenienses de Calias, en número suficiente además como para afrontar con garantías un choque directo contra los hoplitas lacedemonios, y recuerda que dos días después los dos estrategos atenienses no fueron tan imprudentes como para salir de la ciudad mientras el grueso

³⁹ Th. 4.27-38; 5.15.1. Cartledge, *cit.* (1987) 223, sitúa este desastre como el tercero en magnitud de la historia militar de Esparta, después de la derrota de Hisias ante el tirano Fidón de Argos en 669 y el ya referido de Esfacteria.

⁴⁰ Sobre la *oliganthropía*, sus causas y efectos en la sociedad espartana puede verse ahora Fornis, *cit.* (2003) 246-248.

⁴¹ Parke, *cit.* 54.

⁴² Best, *cit.* 89, donde con acierto señala que las campañas de Demóstenes en la guerra arquidámica, las de Agesilao en Asia Menor en los albores del siglo IV o la misma expedición de los Diez Mil constituyen claros precedentes de la puesta en práctica de una estrategia que otorga una indiscutible relevancia a las tropas ligeras; el autor holandés ha olvidado, sin embargo, a Brasidas, que también recurrió con profusión a infantes ligeros en sus operaciones en Tracia entre 424 y 422, y al también espartano Dercílidas, quien de aceptar el testimonio de Isócrates (4.144) habría reunido hasta tres mil peltastas con los que devastó la llanura misia (cf. Parke, *cit.* 44 y Lazenby, *cit.* 77). En cualquier caso y salvo la posible excepción de Demóstenes, todos ellos utilizaron esta clase de tropas de una manera convencional.

⁴³ Parke, *cit.* 155-156; Best, *cit.* 139-142; *contra* Griffith, *cit.* (1981) *passim*, esp. 165-167.

del ejército de Agesilao asolaba la campiña circundante⁴⁴. Pritchett desplaza el mérito desde Ifícrates, al que considera mediocre en un balance de su larga carrera militar, a estos mercenarios que sirvieron casi un lustro bajo su mando, muy profesionales y cualificados⁴⁵. Todo lo contrario defiende Cartledge, para quien “fue la inteligencia de Ifícrates más que el oro persa la que acopló esta fuerza y la convirtió en una poderosa unidad táctica. No sólo introdujo significativas modificaciones en el equipamiento, combinando al hoplita con el infante ligero para producir el peltasta, sino que también demostró ser un excelente ordenancista y comandante de campo”⁴⁶. Según Hamilton “con su victoria sobre la *móra* Ifícrates había disipado el mito de la invencibilidad espartana y demostró que un grupo de mercenarios bien entrenados podía ser más efectivo y más económico que una leva ciudadana. Este hecho fue de la mayor importancia en la subsiguiente historia del siglo IV”⁴⁷. A juicio de Ferrill, por encima del episodio de Pilos en 425, donde las fuerzas atenienses eran abrumadoramente superiores a los hoplitas lacedemonios atrapados en la isla, “en la guerra de Corinto, Ifícrates mostró de manera concluyente que los hoplitas eran vulnerables al ataque de la infantería ligera”⁴⁸. Marinovic afirma que “la capacidad de maniobra de la falange hoplítica era extremadamente limitada, cuando no inexistente: su fuerza residía en la unidad y cohesión de la formación. Los peltastas podían al contrario ser fácilmente incluidos en un grupo sin perder nada de su libertad de maniobra en el campo de batalla... Es por lo que la introducción de estos nuevos combatientes que eran los peltastas [nótese que para la estudiosa rusa se trata por completo de una nueva clase de guerrero] ejerció una influencia indudable sobre el desarrollo del arte militar griego. Asistimos, ante todo, al fin del monopolio de los ejércitos hoplíticos característicos de las ciudades griegas; se asesta un golpe a la organización militar de la comunidad cívica”⁴⁹.

Ifícrates alcanzaría algunos triunfos más durante la guerra de Corinto, bien es cierto que de menor eco y trascendencia. En primer lugar, todavía en el verano de 390, recuperó en la Corintia el *phroúrion* (fuerte) de Enoe y los enclaves de Sidunte y Cromión, en el golfo Sarónico, todos ellos fortificados y al cuidado de guarniciones lacedemonias, para después pasar a controlar también el Pireo (*Peiraïon*) o península de Perácora (*Perachóra*)⁵⁰. Aunque no pudo despojar a los espartanos del estratégico puerto de Lequeo, en el golfo de Corinto, con estas

⁴⁴ Anderson, *cit.* 126; cf. X. *HG* 4.5.10.

⁴⁵ Pritchett, *cit.* 123.

⁴⁶ Cartledge, *cit.* (1979) 286 y *cit.* (1987) 224, donde culpa indirectamente a Agesilao del desastre lacedemonio, por no haber procurado que una adecuada escolta de caballería acompañase el desplazamiento de los amicleos y el posterior regreso del batallón.

⁴⁷ Hamilton, *cit.* 286.

⁴⁸ Ferrill, *cit.* 221.

⁴⁹ Marinovic, *cit.* 50-51.

⁵⁰ X. *HG* 4.5.19; estos enclaves habían sido tomados dos años antes por el polemenco espartano Praxitas (cf. *HG* 4.5.13). Muy posiblemente Ifícrates capturó también el fuerte de Epiecea, construido también por Praxitas, puesto que en adelante las comunicaciones entre las guarniciones de Lequeo y Sición se desarrollaron por vía marítima.

acciones Ifícrates estableció un firme control de la coalición antiespartana sobre la vertiente oriental y septentrional de la Corintia –sellando de paso el camino al Ática– y al mismo tiempo alivió los serios daños que desde estos lugares se causaba a las cosechas corintias.

En 388, tras un breve espacio de tiempo pasado en Atenas como *ιδιώτης* o ciudadano privado, consecuencia de su desafortunada intervención personal en el conflicto civil corintio, saldada con la muerte de algunos ciudadanos argófilos⁵¹, Ifícrates fue enviado al Helesponto al frente de ocho naves y mil doscientos de sus inseparables peltastas mercenarios, en su mayoría veteranos de las campañas de Corinto, para apoyar a Agirrio, un político y administrador carente de experiencia militar⁵², y así evitar que el espartiatá Anaxibio, harmosta de Abido, dañara una influencia ateniense en la región que Trasíbulo había construido con gran esfuerzo. En primer lugar el hecho es sintomático de que el epicentro del conflicto se estaba desplazando a la región helespónica, donde finalmente se decidiría la suerte del mismo. Por otro lado, emerge la pregunta de con qué dinero se pagaba a estos mercenarios ahora que, muerto Conón y anudada la alianza con los monarcas Evágoras de Salamina y Acoris de Egipto, ambos en rebeldía contra el Gran Rey, Atenas había perdido el favor de éste y, con él, las vitales transferencias de fondos persas que contribuían a financiar el coste bélico (si es que las mismas continuaron después de la entrega de dinero al sinedrio de Corinto por parte de Farnabazo en el verano de 393, la última de la que tenemos noticia). Dada la insuficiencia de la *εἰσφορά* con que se gravó a la clase privilegiada ateniense en 390⁵³, la respuesta ha de encontrarse por fuerza en los impuestos indirectos instituidos por Trasíbulo durante la citada campaña: una tasa del 10% (*δεκάτη*) sobre el comercio a través del Helesponto y otra del 5% (*εἰκοστή*) sobre la entrada y salida de mercancías de los puertos aliados que revertían a las exhaustas arcas atenienses y estaban destinadas a subvenir las necesidades bélicas⁵⁴.

Después de hacerse la guerra mutuamente durante un tiempo a través de prácticas piráticas (*ληστίας*), el viaje de Anaxibio acompañado de unos pocos *lace-demonios* del destacamento⁵⁵, mil *μισθοφόροι* eolios –presumiblemente tropas

⁵¹ X. *HG* 4.8.34; cf. C. Fornis, "Identidad corintia e identidad argiva en la 'unión' de 392-386 a.C.," en P. López Barja y S. Reboreda (eds.), *Fronteras e identidad. III Reunión de Historiadores del Mundo Griego Antiguo* (Santiago de Compostela-Vigo 2001) 211.

⁵² Sealey, *cit.* 184 asegura que Ifícrates pertenecía a la facción de Agirrio (pero *vid. supra* n. 10), la cual habría cobrado fuerza tras la muerte de Trasíbulo y el descrédito temporal de sus colaboradores. A su vez una presunta oposición común hacia el de Estiria, no demasiado clara, lleva a Strauss, *cit.* 135 a pensar que Agirrio se vinculó a Conón mientras éste vivía.

⁵³ Lys. 28.3-4; 29.4.9; Ar. *Eccl.* 779-783; cf. 814-829.

⁵⁴ X. *HG* 4.8.25-30; D.S. 14.94.2-4; Dem. 20.59-60; *IG* II² 24; M. N. Tod, *A Selection of Greek Historical Inscriptions, II. From 403 to 323 B.C.* (Oxford 1948) n° 114, ll. 7-8. La fecha de la campaña es discutida: tanto podría ser la estación de bonanza de 390 como la de 389 (otras alternativas no son apenas consistentes); véase Strauss, *cit.* 152-154, que recoge lo sustancial del debate historiográfico suscitado por esta última campaña del Estirio.

⁵⁵ Estos *lace-demonios* procedían de las ciudades jonias que habían mantenido harmostas y guarniciones, de donde fueron expulsados tras la batalla naval de Cnido, refugiándose con Dercílidás

ligeras— y doscientos hoplitas abidenos hasta la ciudad amiga de Antandro, en la que pretendía instalar una guarnición, proporcionó a Ifícrales la oportunidad de planear una emboscada. El ateniense hizo creer al espartano que había partido con sus naves hacia el Proconeso para coleccionar tributo cuando en realidad se apostó con sus hombres cerca de Cremaste, en terreno abrupto y estrecho, donde era imposible que las tropas de Anaxibio, que avanzaban en una columna larga y estrecha, pudieran formar. Como resultado de la celada, Ifícrales, que atacó primero a los lacedemonios de la retaguardia, consiguió matar a todos ellos —un mínimo de doce—, Anaxibio incluido, y luego a unos doscientos mercenarios del centro de la columna —que por tener un equipamiento más ligero tenían más fácil la huida— y a cincuenta hoplitas abidenos de los que se encontraban en vanguardia y, por tanto, más cerca de Abido⁵⁶. En términos de geoestrategia la audaz acción de Ifícrales contribuyó a salvar el control ateniense del Helesponto, siquiera temporalmente, hasta que la ayuda persa y siracusana permitió que Antálcidas bloqueara la ruta ateniense de aprovisionamiento de grano póntico⁵⁷.

La efectividad de los peltastas, de nuevo en combinación con hoplitas, se pondría una vez más de manifiesto poco después, en el otoño de 388 o en la primavera de 387, en esta ocasión a las órdenes de Cabrias, estratego ateniense que, según Diodoro, habría sustituido a su colega Ifícrales al frente del contingente de peltastas destinado en la Corintia⁵⁸. De camino a Chipre, donde debía

y luego con Anaxibio en Abido, prácticamente el único lugar junto con Sesto que había quedado en manos espartanas.

⁵⁶ X. *HG* 4.8.33-39; Plu. *Mor.* 219c; Polyæn. 3.9.44 y Front. 2.5.42 parecen referirse al mismo episodio, aunque de forma muy distinta: Ifícrales no embosca y mata a Anaxibio, sino que realiza una incursión nocturna en los campos abidenos durante la cual se apodera de muchas personas y bienes. En esta ocasión, como ha explicado Anderson, *cit.* 129, la victoria se debió más a la capacidad y a las dotes de Ifícrales como estratego que a una hipotética superioridad de los peltastas sobre los hoplitas, máxime cuando Anaxibio también disponía de infantes ligeros, aunque poco pudieron hacer ante el elemento sorpresa. Para Best, *cit.* 91 Ifícrales ejecutó a la perfección una operación propia de la guerrilla. Al comparar este episodio con el del hostigamiento de peltastas acarnanios sufrido por Agesilao ese mismo año en el noroeste continental, del cual el rey supo salir airoso, Cartledge, *cit.* (1987) 225, repara en la necesidad de que un jefe militar esté preparado para esta contingencia.

⁵⁷ Ifícrales habría de intervenir una vez más en la guerra de Corinto, en 387, cuando junto al también estratego Diótimo estableció un bloqueo naval sobre el espartano Nicóloco en Abido, que no sirvió de mucho ante el engaño que sufrieron sus colegas Deméneto, Dionisio, Leónitico y Fánias a manos de Antálcidas (X. *HG* 5.1.25-27). No creemos que las estratagemas de Ifícrales contra los tracios en general y contra los odrisas en particular recordadas por Polieno (3.9.41. 46. 50. 60 y 62) y Frontino (1.5.24; 6.3; 2.12.4) siguieran a la muerte de Anaxibio, como supone Pascual González, *cit.* 884-885, sino al período posterior a la paz del Rey, cuando el ateniense ejerció de *condottiero* al servicio del rey Cotis en la reunificación del reino tracio (cf. Bianco, *cit.* [1997] 187-188). La carrera militar y política de Ifícrales se prolongaría con distinta fortuna hasta finales de los años 50 o principios de los 40.

⁵⁸ D.S. 14.92.2, pero *vid. supra* n. 30. Parke, *cit.* 56 con n. 4, seguido por Best, *cit.* 92, sugiere que en el nombramiento de Cabrias pudo influir su experiencia a las órdenes de Trasíbulo en la región del Helesponto (atestiguada por la inscripción *IG* II² 1.21), donde habría entrado en contacto con la forma de combatir de los peltastas. En general sobre la dilatada carrera militar de Cabrias, a quien igual que a Ifícrales no pocos estudiosos le reservan el calificativo de *condottiero*, puede consultarse Pritchett, *cit.* 72-77 y últimamente Bianco, *cit.* (2000), con bibliografía anterior.

apoyar la revuelta del rey Evágoras contra Persia⁵⁹, Cabrias desembarcó al amparo de la noche en Egina, isla que al menos desde el verano de 389 servía de base naval para la flota lacedemonia, desde la cual se organizaban y emprendían constantes acciones de piratería sobre las costas áticas que, además de causar graves daños económicos, dificultaban las comunicaciones marítimas atenienses⁶⁰. Le acompañaban ochocientos peltastas, a los que se sumó al amanecer una fuerza no especificada de hoplitas atenienses bajo el mando de Deméneto.

En una táctica que recuerda en cierto modo la empleada por Ifícrates y Calias contra la *móra* lacedemonia cerca de Sición, los hoplitas, que actuaban como señuelos, se internaron hasta dieciséis estadios más allá del Heracleo, mientras Cabrias tendía una emboscada con sus peltastas en una zona quebrada del camino. Cuando Gorgopas, el harmosta lacedemonio de la isla, supo del desembarco de los hoplitas atenienses, salió a su encuentro acompañado de otros ocho espartiatas, los soldados, “todos los hombres libres” de las naves —empuñando estos últimos las armas que podían— y por último los eginetas, pero fueron sorprendidos por una lluvia de jabalinas y flechas, en tanto que los hoplitas atenienses retrocedían y completaban el cerco. Sin tiempo para formar, la vanguardia, entre la que se hallaban Gorgopas y los demás espartiatas, cayó rápidamente, lo que provocó la consecuente desbandada del resto de los hombres, de los cuales murieron unos ciento cincuenta eginetas y no menos de doscientos extranjeros, metecos y marinos. A la victoria ateniense siguió un eventual amotinamiento de los remeros mercenarios de la flota espartana fondeada en Egina, que no percibían la soldada, consecuencia sin duda del final de la provechosa *ληστεία* sobre el Ática, hasta que el relevo de Eteónico por Teleutias, hermano de Agesilao, al frente de la misma calmó los ánimos⁶¹.

Las tropas ligeras y en particular los peltastas continuaron dejando constancia de su eficacia una vez concluida la guerra de Corinto —en 378, por ejemplo, es notoria la victoria moral de un contingente de peltastas mercenarios al mando de Cabrias sobre los hoplitas lacedemonios de Agesilao en la batalla de Tespias⁶²—, pero ello supera el arco cronológico que nos hemos impuesto.

A modo de conclusión puede decirse que si la guerra del Peloponeso fue el campo de pruebas donde verificar la efectividad de una infantería ligera que aún no estaba ni organizada ni bien entrenada, la guerra de Corinto fue la consagración

⁵⁹ Nep. *Chab.* 2.2.

⁶⁰ X. *HG* 5.1.1; sobre esta piratería al servicio de estados beligerantes, en este caso Esparta, similares a la practicada por los corsarios de otros períodos históricos, véase T. J. Figueira, “Aigina and the Naval Strategy of the Late Fifth and Early Centuries”, *RhM* 133 (1990) 31-44.

⁶¹ X. *HG* 5.1.10-13; cf. Polyæn. 3.11.9. 10 y 12; Front. 1.4.14. Sobre la estrecha vinculación de Teleutias con los marineros mercenarios, ejemplo del nuevo tipo de relación simbiótica comandante-soldado que prima a comienzos del siglo IV, canalizada en ocasiones al margen del marco cívico de la polis, véase Lengauer, *cit.* 116-117.

⁶² D.S. 15.32.2-6; Nep. *Chab.* 1; Polyæn. 2.1.2; Dem. 20.76.

de este tipo de tropas, cuya utilidad en determinadas situaciones y bajo ciertos condicionantes, ya sea de forma autónoma o en combinación con hoplitas, había quedado fuera de toda duda. De hecho la especialización y profesionalización de peltastas como los que sirvieron con Ifícrates y Cabrias estaba contribuyendo a cambiar la concepción de la guerra, y consecuentemente de la sociedad, y había hecho entrar en crisis el modelo hoplítico dominante hasta entonces. En palabras de Parke: “En el siglo V, como otras tropas ligeras, habían sido mirados como inferiores, bárbaros e indisciplinados. Su función se había limitado a abrir la batalla con escaramuzas intrascendentes, hostigar al enemigo en marcha o cortar los suministros. Ahora ciudadanos de todos los estados griegos podían ser encontrados en sus filas y tanto su habilidad técnica como su disciplina habían alcanzado tal nivel de desarrollo que, bajo comandantes que valoraran sus usos y limitaciones, podían encarar a los mejores hoplitas griegos”⁶³. Al mismo tiempo las consecuencias sobre el desarrollo del mercenariado son evidentes, como nos recuerda Marinovic: “Los peltastas se convirtieron en parte constitutiva de todos los ejércitos; el hecho de que su armamento fuera mucho más simple que el de los hoplitas, y así mucho más accesible para los ciudadanos arruinados candidatos al mercenariado, juega también un seguro papel en este proceso. El vínculo entre peltastas y mercenarios llega a ser tan estrecho a los ojos de los contemporáneos que la palabra *peltastés* se utilizaba en ocasiones como sinónimo de *misthophóros*”⁶⁴.

El tiempo daría a los atenienses la necesaria perspectiva para valorar en su justa medida los éxitos de Ifícrates durante la guerra de Corinto, pues transcurrieron veinte años antes de que, en 371, el estratego —e indirectamente algunos de sus oficiales, como Estrábacte y Polístrato, a quienes presumiblemente se concedió la ciudadanía ateniense— recibiera honores públicos por la aniquilación del batallón lacedemonio, no sin la oposición de ciertos conciudadanos, como Harmodio, descendiente del tiranicida⁶⁵. También Cabrias accedería a los mismos privilegios —entre otros la ἀτέλεια o inmunidad fiscal, una corona de oro, la erección de una estatua de bronce acompañada de una inscripción y el derecho de manutención en el Pritaneo— tras su victoria sobre la armada espartana capitaneada por Polis en la batalla de Naxos, en septiembre de 376, que ganó las Cícladas para la segunda liga ateniense⁶⁶. Pero ya fuera porque durante o justo después de la guerra de Corinto estuvieron huérfanos de ese reconocimiento, ya por insatisfacción en sus expectativas profesionales, Ifícrates y Cabrias siguieron destinos parecidos y abandonaron por un tiempo su ciudad na-

⁶³ Parke, *cit.* 77.

⁶⁴ Marinovic, *cit.* 52-53.

⁶⁵ Dem. 23.130; Aeschin. 3.243; cf. Dem. 20.84-85; Arist. *Rh.* 1397b30 y 1399b1. Del reconocimiento hacia Ifícrates nos habla el hecho de que servir a sus órdenes confiriera una distinción especial, digna de ser remarcada ante un jurado popular (Is. 2.6; Aesch. 2.149).

⁶⁶ Dem. 13.22; 20.84-85, 133 y 146; 24.180; Aesch. 3.243; Arist. *Rh.* 1411b6; cf. X. *HG* 5.4.61; D.S. 15.34.3-6; Aesch. 2.222.

tal para poner su experiencia y sus conocimientos militares al servicio de gobernantes extranjeros —el primero en Tracia, el segundo en Egipto— a cambio de sustanciales beneficios económicos, sin que esta libertad de acción entrara empero en contradicción con los intereses de Atenas, todavía su patria, en política exterior⁶⁷.

⁶⁷ Marinovic, *cit.* 55 subraya “el deseo de emanciparse del control de la ciudad”, aunque no está claro si después de todo ambos servían a su manera a los intereses de Atenas en un tiempo en que ésta tenía su política exterior coartada por la paz del Rey (véase a este respecto Parke, *cit.* 59-62; Pritchett, *cit.* 64-66; Lengauer, *cit.* 112). Develin, *cit.* 245 confirma que Ifícrates no reaparece en las listas de cargos públicos atenienses hasta el año 373/2.